

BALANCE. De puños, violencias y holocaustos. Una crítica de las novedades historiográficas sobre la España republicana y la Guerra civil.

Es un lugar común manifestar que la historiografía sobre la España actual está politizada. Esta afirmación nos remite a cuestiones clásicas: ¿el historiador puede ser aséptico en sus juicios y un observador neutral de los procesos históricos?; ¿consiste en esto la objetividad?

Recordemos la teoría. El historiador es “producto de la historia y de la sociedad” (Carr, 1983: 92). Subrayar esta deuda con su presente obliga a limitar, en lo posible, el “presentismo”, si éste conduce a tergiversar y desenfocar el discurso historiográfico partiendo de posiciones y valores compartidos en la actualidad pero extraños a la etapa analizada. Evidentemente, la imparcialidad total no existe, aunque se disfrace de objetividad. Que desestimemos una historiografía neutral no significa negar los “criterios objetivables de la científicidad (Pérez Garzón, 2000: 7). Reconocer un cierto grado de subjetividad y descartar la neutralidad no implica desechar la objetividad como horizonte del quehacer histórico, pues el método, las fuentes y las técnicas de investigación vienen a nuestra ayuda (Aróstegui, 2001). En consecuencia, la historia se reescribe y está en proceso de construcción porque los historiadores se plantean nuevos interrogantes, en paralelo con las realidades vividas.

Viene al caso repasar lo obvio porque hay historiadores que contraponen su mirada esencialmente científica con la de otros colegas que, a su juicio, tienden a rehabilitar la memoria de la República bajo criterios más políticos que historiográficos. Estos últimos suelen acusar a aquéllos de “revisionistas”, una especie de cajón de sastre donde todo cabe, desde publicistas a prestigiosos catedráticos. Y, a tenor de la introducción, resulta un ejercicio estéril pretender proclamarse historiador libre de adherencias ideológicas a base de repetir las enormes dificultades que se deben sortear para elaborar trabajos científicos actuando desde posiciones alejadas de la pugna política.

Dejemos aparte el revisionismo “neofranquista”, de polemistas de gran éxito, que han recuperado viejos mitos convenientemente acicalados, cuyo rigor científico o académico es inversamente proporcional a sus ventas. Sus tesis se caen por su propio peso, no han aportado nada nuevo, más allá de dar visibilidad a un público ávido de mantener encendida la llama de la memoria de “confrontación o de identificación”. No elaboran relatos, sino propaganda. Abordemos mejor la creciente polarización de historiadores que, desde el rigor intelectual, se sitúan en la órbita –conscientemente o no– de memorias incompatibles entre sí, de “reconciliación”, en unos casos, y de “reparación o restitución”, en otros (Aróstegui, 2006b: 57-94). Los primeros –que presumen de independencia y rigor científico– no consiguen desprenderse de un relato sobrevalorado de la Transición, cuyo consenso contrastan con las políticas de exclusión de la experiencia republicana. Los segundos siguen ponderando

el programa reformista iniciado en 1931, mientras critican los olvidos y peajes que tuvo que aceptar el proceso democratizador de los años setenta. No serían graves las discrepancias si se confrontaran verdaderamente sus tesis; sin embargo, lejos del diálogo, se detecta una tendencia creciente a ignorarse mutuamente, incluso a descalificarse. No parece muy rigurosa tal actitud y menos aún si se llegan a perder las formas o se incurre en un flagrante “presentismo”.

Obviamente, el horizonte de la objetividad está mejor cubierto si se pueden contrastar perspectivas de análisis divergentes. Debemos concebir nuestro oficio como el de un artesano que construye su obra utilizando piezas complejas, que no siempre encajan y obligan a rehacer parte del trabajo hecho hasta entonces con el fin de que el resultado final sea óptimo. Sobran, por consiguiente, listas blancas y negras de colegas.

Pues bien, las principales novedades historiográficas aparecidas en 2011, coincidiendo con el octagésimo aniversario del 14 de abril y el septuagésimo quinto del 18 de julio, son verdaderamente obras innovadoras y de referencia obligada, pero excluyentes en algunos de sus planteamientos. Sobre ellas se han publicado algunas reseñas que contradicen las reglas básicas para una crítica equilibrada: “ni golpear, ni babear, una opinión ponderada y una fundamentación mesurada son más convincentes que un exabrupto” (Manríquez Sabogal).

El objetivo de estas páginas es destacar tanto las aportaciones como las lagunas de memorias divididas, intentando poner sosiego en un debate bronco. Si se practica una historiografía de trincheras no deben extrañar advertencias como ésta: “Cuidado con los historiadores” (Flórez).

Las dos primeras obras analizadas tienen buen encaje en la memoria de “reparación”, mientras la tercera tiene adherencias de la de “reconciliación”. Terminaremos con unos apuntes sobre dos novedades sobre la conspiración militar, que coinciden tanto en la editorial como en el análisis de fuentes novedosas, aunque se sitúan en tradiciones historiográficas distintas.

1. LA VIOLENCIA Y SUS VÍCTIMAS

A) ESPINOSA MAESTRE, F. (2010)

El tema de la represión empezó a cobrar importancia, superando viejos recuentos interesados, a partir de la década de los noventa, con aportaciones tan novedosas como aisladas (Casanova, 1992; Ortiz, 1996), teniendo como referente el libro de un discípulo de Tuñón de Lara (Reig Tapia, 1984). La obra colectiva *Víctimas de la guerra civil* (Juliá, 1999) efectuó un primer balance, aún incompleto, de los estudios locales realizados hasta entonces. En torno al cambio de siglo hizo su aparición en la sociedad civil un movimiento de tanto impacto como el memorialista, que cuenta con dos asociaciones potentes, la ARMH y el Foro por la Memoria. A partir de este momento, se incrementó notablemente el número de trabajos de investigación, en paralelo a las exhumaciones y reivindicación de la memoria de los represaliados franquistas. Y el auge de la memoria de “reparación” fue un acicate para sus contrarias (López Villaverde, 2008: 19-62).

Francisco Espinosa, uno de los historiadores más comprometidos en la investigación de la represión franquista, coautor del libro *Morir, matar y sobrevivir* (Casanova, 2002) y coordinador del proyecto “Todos los nombres” (base de datos andaluza sobre las víctimas de la misma), ha sido muy crítico con el abandono que, a su juicio, han venido mostrando los departamentos universitarios a la hora de fomentar investigaciones sobre la misma. Su

postura militante ha chocado con las posiciones de otros historiadores (Juliá, 2006), con quienes ha sostenido una polémica historiográfica en torno a la investigación de la represión y la memoria de la experiencia republicana, suscitando críticas y pasiones encontradas. Si para algunos es “uno de los primeros historiadores que levantó las densas capas de ofuscación y mentiras que ocultaron la sangrienta represión” (Viñas, 2010), para otros es un “iluminado” (González Cuevas) o un “peón del fontanismo” (Canal).

Bien es cierto que Espinosa favorece el trabajo de sus críticos, pues su aversión a los matices y sus prejuicios hacia los departamentos universitarios le ha hecho reivindicar sus diferencias con la mayoría de los historiadores por no compartir sus tesis del genocidio. Su descalificación de autoridades en la materia como Santos Juliá, Enrique Moradiellos o Javier Rodrigo sólo puede entenderse desde una apuesta obsesiva por la dialéctica amigos *versus* enemigos.

Pues bien, el libro coordinado por este historiador extremeño (y andaluz de adopción) viene a ser la culminación de sus trabajos anteriores, en particular sobre la represión en Huelva y en Extremadura. Su objetivo es poner al día las investigaciones sobre la violencia en ambas retaguardias, la “roja” y la “azul” huyendo, a su juicio, de viejos mitos y nuevos tópicos. En su opinión, el “gran proyecto antidemocrático de los sectores antirrepublicanos de la derecha española” pretendía que España no volviera a ser republicana. Y las políticas de silencio y olvido desde la Transición hicieron el resto.

La primera parte, firmada por el propio Espinosa (“La represión franquista: un combate por la historia y por la memoria”), es un estado de la cuestión sobre la misma, tanto en su evolución historiográfica como en su vertiente territorial, y una interpretación, la suya, de la relación entre memoria e historia, en la que apuesta no tanto por los abusos de la primera sino por las carencias de la segunda. La siguiente parte, elaborada por José María García Márquez (“El triunfo del golpe militar: el terror en la zona ocupada”), trata en realidad de los mecanismos de represión en Andalucía, a partir de la investigación en el Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, en donde repasa, con toda su crudeza, desde la maquinaria del terror y la represión de las mujeres a la arbitrariedad de la justicia militar, así como los cómplices y verdugos con que contó. José Luis Ledesma estudia en el capítulo siguiente (“Una retaguardia al rojo. Las violencias en la zona republicana”) la otra vertiente, los mecanismos de represión en la retaguardia republicana, la “limpieza” del verano revolucionario y los intentos del gobierno para controlar la violencia pasando del “orden revolucionario” al “orden republicano”. En la última parte, Pablo Gil Vico (“Derecho y ficción: la represión judicial militar”) se ocupa de las cuestiones judiciales y el papel jugado por los consejos de guerra para afrontar con aires de legalidad lo que era incompatible con un Estado de Derecho, pues los veredictos estaban decididos de antemano.

La obra, que cifra (provisionalmente) las víctimas mortales de la represión “azul” por encima de las ciento treinta mil, frente a las casi cincuenta mil de la “roja”, apenas ha merecido reseñas destacables. Los más críticos, cuestionan por restringida su definición de “violencia” y le acusan de anclarse en “la camisa de fuerza conceptual del terror franquista programado” (Ruiz, 2011a). Pero para sus panegiristas, estos “cuatro modélicos estudios” se rigen por su “rigor académico”:

“Los capítulos de esta obra van mucho más allá del distorsionador debate sobre quién mató más (los sublevados y en una relación de casi 3 a 1) y estudian la esencial diferencia entre las mecánicas, finalidades y filosofías aplicadas en los territorios donde no hubo guerra, porque quedaron desde el principio en manos sublevadas, en las zonas que fueron conquistando y en las áreas en que no triunfaron (...) En resumen, se trata de un libro que pone al lector de hoy frente a hechos que repugnan a una sociedad civilizada. ¿Cuándo los aceptará un sector de la española?” (Viñas, 2010).

B) PRESTON, P. (2011)

Huelga presentar el currículum de este conocido catedrático e hispanista británico. Su libro, que participa en la tesis del exterminio programado, ha tenido mayor impacto mediático que el de Espinosa y ha merecido una crítica muy divergente. Desde el “fuego amigo”, se han vertido halagos del siguiente jaez:

“Está especialmente calificado para analizar el enfrentamiento social que se inició con los programas de reforma de los dos años de gobierno republicano-socialista, y para mostrarnos la reacción que llevó a los ‘teóricos del exterminio’ a preparar desde entonces una represión sistemática, encaminada a destruir hasta sus raíces la trama social en que se había asentado el proyecto republicano” (Fontana).

“Una obra (...) que ratifica la reputación del autor y que debiera ser de lectura obligada no solo para los interesados en nuestro pasado sino, y sobre todo, para los educadores de las generaciones futuras” –argumento similar, por cierto, al que había utilizado en la reseña de la obra de Espinosa–. De paso, reparte estopa contra el “fuego enemigo”: “La obra disgustará a numerosos descendientes del pacto de sangre que militares felones cerraron con sus bases sociales (...) Menos aún a quienes crecieron en los loores de una cohorte de guerreros sanguinarios contra su propio pueblo y que constituyeron la espina dorsal del Ejército y de la Guardia Civil de Franco. Tampoco a la jerarquía católica neointegrista (...) Crispará a historiadores neofranquistas y a algún que otro reputado autor norteamericano. Inevitablemente desagradará a los residuos de ensueños revolucionarios ya sean anarcosindicalistas, poumistas o comunistas (...)” (Viñas, 2011).

En ayuda de Preston han acudido voces insospechadas. Un veterano periodista ha aprovechado la ocasión para pasar factura al fallecido Javier Tusell –al que descalifica como “historiador menor y picajoso”– y confiesa que “los ataques de Tusell contra Paul Preston me hicieron comprender la importancia del historiador británico”, del que alaba su “musculatura intelectual”, que “afila su bisturí de investigador para exponer ante el lector las cifras reales y la significación profunda del odio y el exterminio durante la guerra incivil española y la terrible posguerra”. A su juicio, ha construido “el más objetivo, el más incitante, el más definitivo estudio que se ha hecho sobre la represión y el extremismo que ensangrentó a España durante la guerra incivil y la posguerra atroz” (Ansón).

En un sentido muy diferente gira la crítica de otro periodista, cuyas novelas sobre las estrategias militares de la Guerra Civil han tenido notable éxito (Reverte. Éste despacha el libro de Preston como “catálogo de historias de horror, una hiperbólica y desequilibrada narración de lo que sucedió en ambos bandos durante la Guerra Civil”.

La solvencia historiográfica de Ansón o de Martínez Reverte no es relevante. Pero sí lo debiera ser la de un especialista en la historia del pensamiento derechista español (González Cuevas), cuya reseña se sitúa en las antípodas de Fontana o Viñas. Este profesor de historia de las ideas políticas de la UNED parece haber leído otro libro. La ilustración que acompaña a su reseña en *El catoblepas* muestra su profundo desprecio hacia Preston, representado como un tragaldabas, dispuesto a engullir una mariscada. De manera pretenciosa, sitúa a su autor en su “ocaso” y lo descalifica como “ignorante”. En su enmienda a la totalidad, el reseñador incurre en formas nada académicas, faltonas, tergiversadoras, incluso, y hace acusaciones tan subjetivas como gruesas –que los premios en España se conceden de antemano o que el autor se contagia de un “racismo antiespañol” propio del nacionalismo catalán–. Su desdén de la trayectoria historiográfica de eminentes historiadores –Julián Casanova, Conxita Mir, Ricardo Miralles, Ángel Viñas o Glicerio Sánchez Recio, entre otros

muchos—, que le han servido de cabecera al hispanista británico, es buena muestra de sus apriorismos. No es extraño que su reseña, replicada por un colega de la universidad de Valencia, con quien ha mantenido un interesante debate historiográfico (en *Historia del presente*, números 17 y 18), haya sido encuadrada por éste dentro de un revisionismo banalizador de la brutal represión franquista, rayana con el negacionismo (Saz).

No menos dura, aunque más elegante y fundamentada, es la reseña de otro hispanista (Ruiz, 2011b), que ha rechazado en sus investigaciones que la represión franquista fuera un genocidio o un holocausto. Acusa a Preston de escaso rigor conceptual y de pasar por alto los debates historiográficos del siglo XX en torno a este tema. Su conclusión es completamente distinta a la de Viñas. Para él, su libro es un buen ejemplo de “historia militante”, que, lejos de promover, como pretende, la reconciliación de los españoles, parece repetir “las trasnochadas versiones republicanas sobre el terror”.

En un tono diferente se enmarca la reseña del secretario de redacción de la revista que ha asistido al debate entre González Cuevas y Saz, que valora el acierto del libro de Preston a la hora de compatibilizar narración y explicación histórica, una fórmula tan compleja como necesaria para llegar al gran público, aunque cuestiona la reducción de la dimensión de la represión franquista a términos meramente de limpieza o genocidio político (Gómez Bravo).

Más allá de “babas y golpes”, el voluminoso libro de Preston resulta, a mi juicio, muy útil para conocer el pulso social de la España republicana desde una perspectiva demandada largamente por algunos historiadores: hacer una síntesis de historia nacional desde el contraste de las investigaciones regionales (Forcadell, 1996). A lo largo de sus 859 páginas, y manejando un abundante aparato crítico y bibliográfico, analiza el enfrentamiento social y las causas últimas de la violencia en la España de los años treinta, reconstruyéndolo en sus dimensiones cualitativas y cuantitativas, a partir de un completo manejo de estudios locales y monografías de historiadores de todo signo.

La primera parte, centrada en “Los orígenes del odio y de la violencia”, es una reivindicación de la historia social; dividida en cuatro capítulos, repasa, respectivamente, los “comienzos de la guerra social (1931-1933)”, “los teóricos del exterminio” (desde Juan Tusquets a Enrique Herrera Oria, pasando por Onésimo Redondo, Emilio Mola, Julián M. Carlavilla, la prensa carlista y otros teóricos del contubernio judeo-masónico y bolchevique), “la ofensiva de la derecha (1933-1934)” y “la inminencia de la guerra”. Las consecuencias del golpe de estado ocupan la segunda y la tercera parte, dedicadas, respectivamente, a la “violencia institucionalizada en la zona rebelde”, estudiada en dos capítulos (“El terror de Queipo: las purgas de Andalucía” y “el terror de Mola: las purgas de Navarra, Galicia, Castilla-La Vieja y León”) y a “la violencia espontánea en la zona republicana”, a la que dedica también sendos capítulos (“Lejos del frente: la represión tras las líneas republicanas” y “terror revolucionario en Madrid”). La cuarta, sobre “Madrid sitiado: la amenaza dentro y fuera”, analiza en dos capítulos “el avance de la Columna de la Muerte” y “la respuesta de una ciudad aterrada: las matanzas de Paracuellos”. La quinta se centra en “dos conceptos de la guerra”: “la lucha de la República contra el enemigo interior” y “la larga guerra de aniquilación de Franco”. La última parte, “la inversión en terror”, incluye el capítulo “sin perdón: juicios, ejecuciones y cárceles”. Termina con un epílogo, notas y apéndices gráfico (con mapas de la represión por regiones) y alfabético.

Acostumbrados últimamente a una mirada de la etapa republicana desde la óptica de las elites políticas, se agradece volver a situar en el centro del relato las esperanzas, sufrimientos y decepciones de los “de abajo”. Pese a que son fáciles de descubrir las afinidades de Preston, no es cierta la acusación de que se deja llevar básicamente por las aportaciones de los historiadores más escorados a la izquierda. Basta consultar las

abundantes notas de cada capítulo y la bibliografía final para comprobarlo. Evidentemente, es imposible abarcar toda la literatura al respecto. Su exhaustivo manejo de la historiografía local ha dejado, empero, descuidada una provincia como la de Cuenca. Hay ciertos errores –señalados por González Cuevas en relación a *Acción Española* o al Pacto del Escorial– y erratas en algunas fechas, pero resultan inevitables –y se supone corregirán en futuras ediciones– en una obra tan extensa. Se le puede reprochar también la escasa atención que presta a la vertiente movilizadora o cultural del anticlericalismo, reducido en sus páginas a sus manifestaciones más inconoclastas o cleróforas. Sobra, a mi juicio, la extremada minuciosidad con que describe, por ejemplo, el terror sembrado por los “teóricos del exterminio”, Queipo y Mola; con menos descripción hubiera conseguido el mismo propósito, demostrar su violencia fría y programada. Y podría haber sido más convincente si, en vez de calificar como “espontánea”, “indiscriminada” o “descontrolada” la represión republicana, hubiera empleado el calificativo de “inorgánica” (Cervera, 1998: 59). Pero nada de esto es óbice para ponderar la relevancia de esta obra.

2. LAS POLÍTICAS DE EXCLUSIÓN: REY REGUILLO (2011)

Fernando del Rey, especialista en la patronal, el parlamentarismo y la violencia en la España del siglo XX, hizo su primera gran aportación sobre la Segunda República en *Paisanos en lucha* (2008), que obtuvo un gran éxito de crítica. En él, partiendo de un estudio detallado de la violencia para dirimir conflictos sociales en su pueblo natal (La Solana, un municipio manchego de la provincia de Ciudad Real), expuso cómo los jornaleros del campo se transformaron en obreros de la tierra así como la réplica que, frente a la politización de aquéllos, obtuvieron del mundo católico, que se agrupó en defensa de la propiedad, el orden y la religión, con la CEDA como referente programático (Juliá, 2009). Un caso “micro” ejemplificaba las culturas políticas de exclusión que, más que enfrentar a democracia contra fascismo, contraponían socialismo frente a catolicismo. Claro que las alabanzas de la obra no implican unanimidad. Las dudas epistemológicas, metodológicas y el sesgo teleológico de la guerra civil y la “equivolencia” –neologismo para referirse al reparto de culpabilidades– que ha planteado algún reseñador (Robledo) no le han sentado nada bien al autor, que ha replicado en su propia defensa contra la primera crítica ácida –aunque, a mi juicio, razonable– de este profesor de la universidad de Salamanca.

El éxito innegable de *Paisanos* ha sido el revulsivo para que decidiera coordinar este otro libro, ambicioso y voluminoso (casi setecientas páginas), sobre las políticas de exclusión de la Segunda República. Sus autores representan una “generación de jóvenes historiadores que (...) pueden considerarse a la vanguardia de la renovación de nuestra historia política más reciente”; y la obra no es una mera yuxtaposición de capítulos, sino que “responde a una verdadera unidad de criterio” (Ruiz Manjón).

En esa línea halagadora, Fernando del Rey ha sido considerado “uno de los contemporaneístas más prolíficos y solventes de los últimos tiempos” (Moradiellos). Pero este juicio no es unánime. Otros historiadores solventes consideran que su reparto de responsabilidades a diestra y siniestra, en un afán de remarcar que todos fueron igual de intolerantes, conspiraron o no, lo sitúan en una suerte de “revisonismo a lo De Felice, Furet o Nolte” (Saz).

Como reconoce el propio director, el uso de las palabras como si fueran puños no fue una excepcionalidad española. En su primer capítulo (“La democracia y la ‘brutalización de la política en la Europa de entreguerras’”), en el que del Rey Reguillo contextualiza la crisis española en el contexto europeo, resume de manera muy clarificadora tanto la evolución

política europea del período de entreguerras –marcada por la debilidad del sistema parlamentario tradicional y el atractivo de las formas corporativas de representación– como las disonancias entre la configuración político-institucional y el funcionamiento real de la democracia republicana. La tesis más novedosa que plantea es que el verdadero enfrentamiento en la Europa del siglo XX no fue entre derechas e izquierdas o entre fascismo y antifascismo, sino entre demócratas y antidemócratas. Claro que este esquema supone una equiparación de las prácticas políticas y un cuestionamiento de las diferencias ideológicas que viene muy bien al esquema de partida pero abre nuevos debates.

La primera parte, centrada en la izquierda obrera, (“Libertarios y marxistas”) se estructura en tres capítulos, firmados, respectivamente, por Gonzalo Álvarez Chillida (“Negras tormentas sobre la República. La intransigencia libertaria”), Hugo García (“De los sóviets a las Cortes. Los comunistas ante la República”) y el propio Fernando del Rey Reguillo (“La República de los socialistas”). La segunda parte tiene como protagonista una parte de la izquierda republicana: “Jacobinos y nacional-populistas”: “la democracia de los radical-socialistas” (Manuel Álvarez Tardío) y “entre el seny y la ranxa. Los límites democráticos de la Esquerra” (Eduardo González Calleja). La tercera parte otorga el protagonismo a las fuerzas derechistas excluyentes (“Conservadores y fascistas”), dividida también en tres capítulos: uno escrito por M. Álvarez Tardío (“La CEDA y la democracia republicana”) y los otros dos por Pedro González Cuevas (“El sable y la flor de lis. Los monárquicos contra la República”) y “la trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español”). La última parte deja de centrarse en los partidos para hacerlo en “otras voces”: Javier Zamora Bonilla analiza “discursos irresponsables y retóricas intransigentes” y Diego Palacios Cerezales, las “ansias de normalidad. La policía y la República”.

Los objetivos de la obra –analizar el impacto de las retóricas de intransigencia y de la violencia en el escenario público y descubrir la falta de coherencia entre los discursos y la práctica política– están plenamente conseguidos. Lo cuestionable es que se decida apartar del análisis a los partidos y líderes más inequívocamente demócratas (desde Alcalá Zamora a Azaña, pasando por Lerroux o Casares Quiroga), pues su inclusión hubiera aportado un resultado diferente. También que, junto a la cara más problemática de aquella experiencia democrática, no se busque el equilibrio aludiendo a sus significativos avances electorales –soberanía popular y elecciones más limpias y competitivas– y a las iniciativas verdaderamente inclusivas, tendentes a conceder la ciudadanía política a las mujeres y extender el derecho a la educación a una sociedad con niveles de analfabetismo intolerables. El énfasis en su vertiente más negativa explica que algún reseñador pueda afirmar que aquella experiencia democrática “solamente de modo matizado, puede presentarse como directo antecedente de la democracia establecida en España después del proceso de transición política” (Blas Guerrero). Aquí está la clave, el tópico de la llamada “República imposible” y la inevitable comparación con el modelo político actual. Claro que también sería “presentista” la postura contraria, sublimar las listas abiertas y la ausencia del Senado en los años treinta para satisfacer algunas demandas de nuestros días en este sentido.

Fernando del Rey insiste en su aproximación “distanciada y estrictamente científica”. Sus apologistas lo sitúan entre dos polos antagónicos, dos “metanarrativas míticas generadas por dos «memorias» contrastadas” durante la República y la guerra, la del “buen pueblo republicano” y la “nación católica amenazada” (Moradiellos). Ahora bien, su pretendido desmarque de las trifulcas “sectarias” relacionadas con la llamada memoria histórica que, a su juicio, ha supuesto una “involución intelectual”, parece una aseveración tan gratuita como la contraria. Y, por cierto, no exenta de carga ideológica, aunque no se quiera reconocer. Como tampoco es cuestión baladí renunciar expresamente a responder otras grandes cuestiones del período para atender básicamente a las retóricas de la intransigencia.

Que diferentes fuerzas políticas y sindicales querían imponer su modelo de República, parece poco discutible. Sin embargo, la pureza dogmática no impedía que, en el seno de cada una de ellas, hubiera voces discrepantes. Buena muestra es el capítulo sobre el anarcosindicalismo, en el que Álvarez Chillida remarca las diferencias entre los faístas y quienes alentaron las insurrecciones o los actos terroristas, por un lado, y el Partido Sindicalista, por el otro, que aceptó la legalidad republicana. Un poco forzada resulta la comparación entre la intransigencia de los radical socialistas con el resto de fuerzas aquí analizadas, por el hecho de utilizar argumentos que parecían estar justificando el uso de la violencia que decían repudiar (Álvarez Tardío). Y si contrastamos la imagen trazada en los capítulos dedicados a los socialistas (del Rey Reguillo) y la CEDA (Álvarez Tardío), resulta más meliflua la “ambigüedad calculada” de Gil Robles que el compromiso “instrumental” de Largo Caballero con la República. Acusar a los socialistas, en general, de tener un concepto patrimonial de la República, pese a reconocer que el compromiso con el régimen era diferente entre los sectores besteirista, prietista y caballerista, genera una cierta contradicción; y para que su puzle encaje sin estridencias, Fernando del Rey desdeña las iniciativas reformistas y modernizadoras del socialismo español (Gutiérrez Lázaro, 2010). En este esquema, ni las conspiraciones monárquicas ni el “fracasado” fascismo español (González Cuevas) desentonan con el resto de retóricas de la intransigencia.

Por tanto, se pueden reiterar las bondades de la obra analizada –cumple de manera solvente los objetivos, revisa algunas de las principales culturas políticas de los años treinta y su lectura resulta ágil– sin dejar de señalar sus silencios o lagunas, pues tiende a descuidar las largas raíces (socioeconómicas, religiosas, políticas y militares) de la violencia y la intolerancia en España o a obviar el debate entre cambio y continuidad (Requena Gallego, 1991), más perceptible en el mundo rural. El lamento del profesor del Rey porque las élites políticas de los años treinta renunciaran a la estrategia de la “transacción” de antaño parece entenderse más a la luz del presente –deslumbrado por un espíritu de reconciliación proyectado hacia el pasado– que desde la perspectiva de exclusión política que sufrieron, en la práctica, los partidos que no participaban en el turnismo canovista, basado en un bipartidismo de espaldas al cuerpo electoral y no menos patrimonialista, en este caso, de la Monarquía constitucional.

En definitiva, compartimos, con José Álvarez Junco –uno de los historiadores a los que va dedicado el libro y que intervino en su presentación– que esta obra evita “el error de entender la República a la luz de la guerra” (Rodríguez Marcos). Sin embargo, no esquiva, a mi juicio, interpretarla a la luz de la Transición. Suscribimos también con Santos Juliá –otro de los protagonistas de la dedicatoria–, que “suprimir de la República la visión de conflicto es devolver una visión falsa de los años treinta”. De la misma manera que cebarse en las manifestaciones del conflicto más que en sus raíces, la adultera, pues ni la República creó los problemas que tuvo que resolver (Aróstegui, 2006), ni la violencia destruyó por sí sola a aquella (Cruz, 2006).

3. NOVEDADES SOBRE LA CONSPIRACIÓN MILITAR

C) VIÑAS (2011)

El último libro de Ángel Viñas –uno de los historiadores más comprometidos con la memoria de “reparación”– viene a completar su trilogía sobre la República en guerra. En su primer capítulo (“16 de julio de 1936: Franco se subleva”), el autor impugna la versión oficial de la muerte accidental del general Amado Balmes, comandante militar de Gran

Canaria, y analiza el papel activo que jugó el general Franco en la conspiración (ligada al famoso vuelo del Dragon Rapide), que no se inició, a su juicio, en Marruecos, pues le precedió una maniobra encubierta promovida por quien era entonces comandante militar de Canarias. En el segundo (“Inglaterra contra la República: el éxito jamás”) analiza, como consecuencia de la reapertura del caso Balmes, la actuación de los servicios de inteligencia británicos y la trama de los conspiradores civiles –entre los que no salen bien parados el entorno de Ángel Herrera y de Gil Robles– para que el gobierno del Reino Unido abandonara a una “república calumniada” en manos de sus enemigos. En el tercer capítulo (“La batalla por la verdad: historiar la guerra civil en su contexto”) y el epílogo (“Reflexiones para aficionados a la desmitificación y conclusiones”) cambia el registro, para centrarse en la crítica historiográfica y el papel no sólo intelectual, sino también ético y cívico del historiador; en ellos aborda desde las mistificaciones de la historiografía franquista sobre el alzamiento del 18 de julio hasta la singularidad que representan los intelectuales que defienden las “tesis de la equiparación”, que el autor achaca a la “vía específica de España a la actual democracia parlamentaria” y con los que se niega a establecer cualquier diálogo.

Paradójicamente, uno de los “reputados autores norteamericanos” a los que suponía Viñas iba a contrariar la obra de Preston (Payne), ha comentado de manera ponderada su libro. Este hispanista destaca “los nuevos datos sobre las negociaciones entabladas en Inglaterra para enviar un avión a las Canarias que pudiera trasladar a Franco a Tetuán tan pronto como comenzara la revuelta” y señala como su principal logro “una nueva y exacta cronología del papel del Franco y los vuelos del Dragon Rapide” (Payne). Por lo demás, coincide con otros reseñadores en que su uso de fuentes secundarias –a falta de otras primarias– y pruebas circunstanciales, le permiten formular un relato posible y creíble, aunque no consigue demostrar que Franco ordenara el asesinato del general Balmes (García Bernal).

b) ALÍA MIRANDA (2011)

Esta obra sobre las raíces de la conspiración y la geografía del alzamiento ha merecido una crítica positiva del citado hispanista norteamericano (Payne), que no duda en calificar su tratamiento como “objetivo” –es mejor que lo digan los demás colegas de uno mismo a que se proclame unilateralmente– y en recalcar tanto su buen apoyo documental como la elaboración de un relato más completo que otros libros sobre el tema.

Alía Miranda se ha propuesto un objetivo ambicioso: reconstruir unos meses claves de nuestra historia reciente recurriendo a una bibliografía exhaustiva e inclusiva (sin apriorismos maniqueos) y a todo tipo de fuentes documentales (archivísticas, sobre todo judiciales y militares, y hemerográficas), jugando con la dimensión territorial y temporal, y aportando sugerentes interpretaciones. Como aperitivo, es recomendable el repaso que, en su introducción, perfila sobre los debates historiográficos en torno a las causas de la guerra. Una de sus principales conclusiones es tan novedosa como controvertida (Payne): frente a la idea habitual de la improvisación con la que actuó el general Mola, este profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha considera que sus planes estuvieron bien meditados y trabajados y que, un hombre tan meticuloso como él, no dejó cabos sueltos.

Polémicas aparte, esta obra viene a cumplir sobradamente el objetivo de desmitificar el proceso conspirativo que, entre marzo y julio de 1936, tuvo, como primera consecuencia, un golpe de estado y, como última, la Guerra Civil.

4. EPÍLOGO

La elaboración de un relato sobre un modelo de transición a la democracia consensuada, exitosa y libre de exclusiones –divulgado por los medios de comunicación, pontificado por analistas políticos y ratificado por numerosos historiadores–, vino a impugnar la idealizada imagen anterior del quinquenio republicano, que había superado, a su vez, la demonización fijada por los vencedores. La consolidación del mito de la guerra “fratricida” tras la muerte del dictador –aunque se forjara tiempo atrás– fue el caldo de cultivo para incidir en el fracaso de una experiencia democrática basada en la polarización y la exclusión del adversario. Se reivindicaba así una especie de tercera vía, más académica, que se apartaba de los dos polos opuestos, y se presentaba como libre de adherencias políticas.

En este guión interpretativo, el papel de las víctimas de la represión franquista no terminaba de encajar bien. Con la aparición de las asociaciones memorialistas, la eclosión de los estudios locales sobre el tema y el debate político suscitado al inicio del nuevo siglo, otro sector de la historiografía, más minoritario, que había iniciado las primeras investigaciones relevantes en los años noventa, tomó la bandera de la necesaria reparación de aquéllas y denunció el olvido a que habían sido sometidas con la excusa de forjar una convivencia en paz, que no revisara un pasado traumático.

Resulta incompleto el esquema dual que enfrenta el “polo piomoiista”, a la derecha, con el “fontanista”, a la izquierda, y deja al margen la historiografía aparentemente distanciada de cuestiones banderizas que reivindica su rigor académico y objetividad. Por otra parte, poner a la misma altura los currícula de Pío Moa y Josep Fontana, demasiadas veces repetido, representa un insulto a la inteligencia. Más apropiado parece distinguir una triple confrontación de memorias. Los dos frentes señalados alimentan, respectivamente, las memorias de “confrontación” y de “reparación”. Pero en medio queda un amplio espacio en que tiene cabida también la llamada memoria de “reconciliación”, que algunos identifican con la historiografía “reversionista”.

Esto no significa un encuadramiento obligatorio de los historiadores, ni mucho menos, pero no es menos cierto que los polos de atracción son más fuertes de lo que se suele reconocer. Quienes defienden que su quehacer historiográfico es compatible con su compromiso cívico y la reivindicación de la memoria democrática, reúnen, en muchos casos, un alto reconocimiento universitario y una larga trayectoria investigadora; por eso resulta incomprensible que se refute su labor bajo la acusación de que ponen la historiografía al servicio de la pugna política. Pretender quedar libre de adherencias ideológicas es una quimera. Y algunos de sus contradictores, que acusan a los anteriores de incurrir en una versión “irenista” de la izquierda, caen justamente en la contraria. La visibilidad de estas posturas encontradas se ha hecho más patente en torno al debate de la “memoria histórica”, trasladado de la vida política a la académica. Los libros comentados y las reseñas generadas son buena muestra de esta polarización, con acusaciones mutuas de falsa equidistancia, por un lado, y de historia militante, por otro.

Presumiblemente, tendrán que venir nuevas generaciones de historiadores –quizás en vísperas del centenario de aquel 14 de abril, cuando se halla difuminado tanto la fascinación por las conquistas republicanas como por la “modélica” Transición–, para que se orillen ciertos convencionalismos que parecen casi insuperables en la actualidad. Esta crítica no implica una devaluación del nivel académico de los libros citados. Antes al contrario. Se equivocaría quien rebajara el rigor de los historiadores por su compromiso con las políticas públicas de memoria o por su impugnación. La buena y la mala historiografía no dependen de estar a un lado u otro de la raya.

Ese historiador del futuro, al que me refería, podrá comprender los mecanismos de exclusión política y las retóricas intransigentes de esos años leyendo el libro coordinado por Fernando del Rey, conocer mejor los orígenes de los preparativos golpistas a través de las obras de Viñas y Alía y descubrir las raíces sociales y dimensiones de la violencia a partir de los textos de Preston y Espinosa. Si el protagonismo recae en el análisis del discurso o en las élites políticas, en lugar de las penosas condiciones de vida de los jornaleros, o se priorizan las manifestaciones de violencia sobre las causas de las extremas desigualdades sociales existentes en la España del primer tercio del siglo XX, el resultado puede ser completamente divergente. Como también lo será si atendemos más a la diversidad territorial que a las altas instancias del poder. En la elección de uno u otro punto de vista no se puede apelar a criterios de asepsia. Pero todas estas dimensiones son compatibles con una ciencia como la historiográfica y sus resultados no debieran resultar tan excluyentes como sus más fieles seguidores pretenden.

Aunque, para entonces, otro presente y condicionantes, diferentes a los actuales, influirán en ese historiador en ciernes, éste contará con referencias bibliográficas, como las aquí reseñadas, que, pese a sus inevitables carencias y sesgos ideológicos, suponen un avance muy significativo y servirán para construir nuevos relatos, cada vez más completos y complejos, pero nunca definitivos. Esa es la grandeza –también la limitación– de nuestro oficio.

5. BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

- ALÍA MIRANDA, F. (2011): *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica.
- ESPINOSA MAESTRE, F. (2010): *Violencia roja y azul: España, 1936-190*, Barcelona, Crítica.
- PRESTON, P. (2011): *El holocausto español*, Barcelona, Debate.
- REY REGUILLO, F. del, dir. (2011): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República*, Madrid, Tecnos.
- VIÑAS, Á. (2011): *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, Barcelona, Crítica

6. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARÓSTEGUI, J. (2001): *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.
- ARÓSTEGUI, J. (2006): *Por qué el 18 de julio...y después*, Barcelona, Flor del Viento.
- ARÓSTEGUI, J. (2006b): "Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil", en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.) *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons.
- CARR, E. H. (1983): *¿Qué es la historia?* Barcelona, 1983.
- CASANOVA, J. et al. (1992): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón*, Madrid, Siglo XXI.
- CASANOVA, J., coord. (2002): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica.
- CERVERA, J. (1998): *Madrid en guerra: la ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid, Alianza.
- CRUZ, R. (2006): *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI.

- ESPINOSA MAESTRE, F. (2007): "De saturaciones y olvidos. Reflexiones en torno a un pasado que no puede pasar", en *Hispania Nova*, núm. 7 (<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d013.pdf>)
- FORCADELL, C. (1996): "La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis", en *Studia Historia. Historia Contemporánea*, vol. 13-14, pp. 7-27.
- GUTIÉRREZ LÁZARO, C., ed. (2010): *El reto de la modernización. El reformismo socialista durante la II República*, Santander-Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- JULIÁ, S., coord., (1999): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de hoy.
- JULIÁ, S. (2006): "Bajo el imperio de la memoria", en *Revista de Occidente*, núm. 302-303, julio-agosto.
- LÓPEZ VILLAVERDE, Á. L. (2008): *El gorro frigio y la mitra frente a frente. Construcción y diversidad territorial del conflicto político-religioso en la España republicana*, Barcelona, Rubeo.
- ORTIZ HERAS, M. (1996): *Violencia política en la II República y el primer franquismo. Albacete (1936-1950)*, Madrid, Siglo XXI.
- PÉREZ GARZÓN, J. P. et al. (2000): *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica.
- REIG TAPIA, A. (1984): *Ideología e historia (sobre la represión franquista y la guerra civil)*, Madrid, Akal.
- REQUENA GALLEGO, M. (1991): *Partidos, elecciones y élite política en la provincia de Albacete, 1931-1933*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.
- REY REGUILLO, F. del (2008): *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva.

7. RESEÑAS CITADAS

- ANSON, L. M. "Paul Preston y la guerra incivil", *El Cultural.es (ElMundo.es)*, 22-4-2011).
- BLAS GUERRERO, A. de: "Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española", *El País* (16-4-2011)
- CANAL, J. "Paul Preston: el holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después", *El Imparcial* (12-9-2011) http://www.elimparcial.es/hemeroteca_libros/2011/09/12/
- FLOREZ, M.: "Cuidado con los historiadores". <http://marcelinoflorez.wordpress.com/2011/07/07/cuidado-con-los-historiadores/>
- FONTANA, J.: "El holocausto español", *Público* (15-5-2011).
- GARCÍA BERNAL, J.: "La tesis de la conspiración", *Diario de Sevilla* (13-7-2011)
- GÓMEZ BRAVO, G. "Una visión exterminista del pasado español", *Historia del Presente*, núm. 17 (2011/I), pp. 155-159
- GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: "El holocausto de Preston", *Historia del Presente*, núm. 17 (2011/I), pp. 149-154; también, "Paul Preston: el ocaso de un hispanista", *El catoblepas. Revista crítica del pasado*, núm. 112 (junio 2011) <http://www.nodulo.org/ec/2011/n112p13.htm>
- MANRIQUE SABOGAL, W.: "Radiografía de la crítica literaria", *El País* (26-11-2011).
- MORADIELLOS, E.: "La Segunda República: entre la fiesta popular y la ruptura bélica", *Revista de Libros*, núm. 180 (diciembre 2011).
- PAYNE, S. G.: "Franco y los militares de la Guerra Civil", *Revista de Libros*, núm. 180 (diciembre 2011).

- REVERTE, J. M. "De holocaustos y matanzas", *El País* (11-5-2011).
- REY REGUILLO, F.: "Acotaciones a una crítica" <http://issuu.com/almud/docs/19-decimonovena-entrega>
- ROBLEDO, R.: "Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española, Madrid, Tecnos, 2008", *Historia Agraria*, núm. 53, (Abril, 2011), pp. 173-240.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.: "Soflamos a diestra y siniestra", *El País* (14-4-2011)
- RUIZ, J.: "Las metanarraciones del exterminio", *Revista de Libros*, núm. 172 (abril 2011a).
- RUIZ, J.: "Vino viejo en odres nuevos", *Revista de Libros*, núm. 180 (diciembre 2011b).
- RUIZ MANJÓN, O.: "Palabras como puños", *El Cultural.es* (22-4-2011)
- SAZ, I. "Va de revisionismo", *Historia del Presente*, núm. 17 (2011/I), pp. 161-164
- VIÑAS, A.: "Las claves de la represión", *El País* (23-10-2010)
- VIÑAS, A.: "Las raíces del terror", *El País* (23-04-2011).

Ángel Luis López Villaverde
Universidad de Castilla-La Mancha